
Diálogo de los Oradores

Tácito

textos.info

Biblioteca digital abierta

Texto núm. 3383

Título: Diálogo de los Oradores

Autor: Tácito

Etiquetas: Diálogo, Tratado, Oratoria

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 15 de marzo de 2018

Fecha de modificación: 15 de marzo de 2018

Edita **textos.info**

Maison Carrée

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Diálogo de los Oradores

A menudo me preguntas, Justo Fabio, por qué, mientras los siglos pasados florecieron con el ingenio y la gloria de tantos oradores eminentes, nuestra época, abandonada y privada del renombre de la elocuencia, a duras penas conserva siquiera el nombre mismo de orador; pues no catalogamos así sino a los antiguos; en cambio, a los hombres elocuentes de ahora se les llama abogados, patronos o cualquier otra cosa antes que oradores. Responder a tus insistentes preguntas y asumir el peso de una cuestión tan importante que tendría que pensarse mal sobre mi inteligencia, si no puedo conseguirlo, o sobre mi criterio, si no quiero, a tal cosa, digo, no me atrevería si tuviera que exponer mi opinión y no me bastase con repetir la conversación de hombres muy elocuentes para lo que hay en nuestra época, a los que oí tratando esta misma cuestión siendo yo muy joven. Y así, no necesito inteligencia, sino memoria y recuerdo para, sin alterar el orden de la discusión, reproducir ahora con las mismas divisiones y sistemática los pensamientos sutiles, expuestos con autoridad, que escuché a unos hombres muy ilustres y que aportaban opiniones diversas, aunque todas ellas plausibles, conforme se lo dictaba la inteligencia y carácter de cada cual. Desde luego, no faltó quien sostuviera la postura contraria y, tras criticar y burlarse claramente de lo pasado, antepusiera la elocuencia actual al talento de los antiguos.

Al día siguiente de haber leído en público Curiacio Materno su *Catón*, como anduviérase comentando que había ofendido a los poderosos, porque —decían— en el argumento de la tragedia había pensado sólo como Catón, olvidándose de sí mismo, y como quiera que este asunto era el tema de muchas conversaciones en la ciudad, fueron a visitarlo a su casa Marco Apro y Julio Secundo, talentos los más famosos de nuestro foro por aquel entonces. Entusiasmado escuchaba yo a ambos en los juicios y los seguía en su actividad privada y pública, con enorme afición por instruirme y con cierto ardor juvenil por empaparme de sus conversaciones familiares, de sus discusiones y de sus más reservados ejercicios oratorios, aunque muchos opinaban malintencionadamente que Secundo tenía poca capacidad de improvisación y que Apro había logrado

fama de elocuente más por sus dotes naturales que por formación y estudios. En realidad, Secundo era de estilo correcto, conciso y, en la medida de lo posible, fluido. Apro, por su parte, dotado de gran erudición, no desconocía, sino que despreciaba, la cultura literaria, entendiendo que conseguiría una mayor gloria para su quehacer y esfuerzo si su ingenio se manifestaba sin el apoyo de técnicas ajenas.

Así pues, cuando entramos en el dormitorio de Materno, lo sorprendimos sentado y con un libro entre las manos; el mismo que había leído el día anterior.

Entonces Secundo le dijo: «Materno, ¿no te dan miedo, en absoluto, las habladurías de los mezquinos, y no te impiden apreciar incluso las molestias que ha ocasionado tu *Catón*? ¿O cogiste ese libro precisamente para revisarlo con más esmero y una vez eliminado todo lo que dio pábulo a una torcida interpretación, dar a conocer un *Catón*, si no mejor, sí, en todo caso, menos comprometido?» A lo que aquél contestó: «Cuando lo leas, comprenderás lo que Materno se debe a sí mismo y podrás reconocer lo que oíste. Porque si *Catón* ha omitido algo, lo dirá *Tiestes* en una próxima lectura, pues ya le he dado estructura y forma en mi cabeza a esta tragedia. Por eso me apresuro a poner a punto la edición de este libro, para que, eliminada la preocupación por este primer asunto, pueda dedicarme con todo mi esfuerzo a nuevos proyectos.»

«¿Hasta tal punto no te hastían esas tragedias —intervino Apro— que, dejando a un lado los afanes por los discursos y las causas judiciales, consumes todo tu tiempo, hace poco en *Medea* y ahora en *Tiestes*, mientras que los procesos de tantos amigos, las clientelas de tantas colonias y municipios te reclaman en el foro, a los que a duras penas darías abasto, incluso sin haberte buscado por tu cuenta una nueva ocupación, el añadir a las leyendas de los griegos a *Domicio*, y a *Catón*, es decir, hechos de nuestra historia y nombres romanos?».

Materno respondió: «Me desconcertaría esta severidad tuya, si la frecuente y asidua discusión entre nosotros no la hubiera convertido ya casi en costumbre. Pues ni tú dejas de atacar y de hostigar a los poetas y yo, a quien echas en cara el abandonar la abogacía, ejerzo este diario patrocinio de defender frente a ti la labor poética. Me alegro más, por tanto, de que se nos haya ofrecido la oportunidad de un juez que me prohíba hacer versos en el futuro o, lo que deseo ya hace tiempo, me induzca con su propio prestigio a que, abandonando las limitaciones de las

causas judiciales, en las que he sudado lo suficiente y más, cultive aquel género literario más noble e ilustre.»

«Pues yo —dijo Secundo—, antes de que Apro me recuse como juez, haré lo que acostumbran los jueces honestos y escrupulosos: excusarme de entrar a conocer sobre aquellos asuntos en los que una de las partes goza manifiestamente de sus preferencias. Pues ¿quién ignora que, por una vieja amistad y por la asiduidad de nuestras relaciones, nadie está más compenetrado conmigo que Saleyo Baso, hombre excelente y poeta extraordinario? Es más, si el acusado es el arte poética, no veo otro reo más acaudalado.»

«Esté tranquilo Saleyo Baso —respondió Apro—, lo mismo que cualquier otro que cultive la afición por la poesía y busque la gloria que proporcionan los versos, aunque no puedan promover litigios. Por mi parte, dado que podemos contar con un árbitro para esta causa, no permitiré que Materno sea defendido en consorcio, sino que, de entre todos, voy a acusarle sólo a él, porque, con dotes innatas para la expresión recia de la oratoria, con las que puede adquirir y conservar amistades, ganarse agradecimientos, atraerse provincias enteras, desatiende una tarea que no se puede comparar con ninguna otra en nuestra ciudad; ni por su eficacia utilitaria, ni por el gozo, si nos limitamos a su índole placentera, ni por la dignidad que comporta, ni por la belleza, si se atiende a la fama en Roma, ni por su prestigio, si lo que se pretende es la notoriedad en todo el Imperio y en todas las naciones. Pues si todos nuestros proyectos y actuaciones han de estar dirigidos a la utilidad de la vida, ¿qué hay más seguro que ejercitar ese arte con cuyas armas, siempre dispuestas, proporcionas protección a los amigos, ayuda a terceros, salvación a los que peligran e, incluso, miedo y terror a los envidiosos y enemigos, y, por tu parte, estás siempre seguro y como protegido por un poder y autoridad permanentes?

»Su fuerza y utilidad se descubren en las situaciones favorables por el refugio y defensa que presta a los demás. Pero si es nuestro propio peligro el que resuena sobre nuestras cabezas, no hay coraza ni espada que sea más firme defensa en la batalla que lo es la elocuencia para el reo que se halla en peligro; instrumento de defensa y ataque al tiempo, con el que, indistintamente, puedes repeler un ataque y contraatacar en el tribunal, en el senado, o ante el príncipe. ¿Qué otra cosa opuso hace poco Eprio Marcelo a los senadores que le eran hostiles sino su elocuencia? Ceñido con ella y desafiante, pudo burlarse de la filosofía de Helvidio, elocuente,

desde luego, pero a la que le faltaba experiencia y práctica en ese tipo de confrontaciones. No necesito insistir sobre su utilidad, aspecto en el que, creo, mi amigo Materno no va a contradecirme en absoluto.

»Voy a referirme ahora al placer que produce la elocuencia digna de un buen orador; su deleite no surge en algún momento aislado, sino casi todos los días y a casi todas las horas. Desde luego, para un ánimo libre, sincero y naturalmente dispuesto para los placeres honestos, ¿qué otra cosa más dulce que ver su casa siempre llena y concurrida por la afluencia de los hombres más eminentes, y saber que esta situación no se debe a su dinero ni a su falta de descendencia ni a que ocupe un cargo oficial, sino a sí mismo? Es más, los mismos ancianos sin herederos, los ricos y los poderosos acuden con frecuencia a un hombre joven y pobre para confiarle sus propios problemas o los de sus amigos. ¿Es que de entre los placeres que proporcionan las riquezas cuantiosas y las grandes influencias hay alguno tan importante como el ver a hombres con experiencia y edad y favorecidos por el respeto general confesando, en medio de la mayor abundancia, que no poseen lo mejor de todo?

»Y luego, ¡qué comitiva de togados al salir de casa! ¡Qué impresión al aparecer en público! ¡Qué respeto se le dispensa en los tribunales! ¡Qué alegría el levantarse y permanecer de pie en medio de un grupo de hombres callados y que dirigen sus miradas hacia él sólo! ¡Congregar al pueblo y formar en derredor un círculo de oyentes que recogen cualquier sentimiento que el orador haya querido inspirar!

»Y sólo enumero de entre los gozos de la palabra los muy conocidos y evidentes incluso a los ojos de los profanos. Aquellos otros íntimos, conocidos únicamente por los propios oradores, son los más inefables. Si se pronuncia un discurso cuidado y meditado, hay una cierta gravedad y serenidad en el gozo, como ocurre con el discurso mismo. Si se expone, no sin alguna alteración de ánimo, un nuevo y reciente trabajo, la misma inquietud aumenta el valor del resultado y potencia el placer del éxito.

»Pero el principal atractivo está en la audacia y hasta en la temeridad de la improvisación, pues en el terreno del intelecto, como en el campo, aunque es agradable lo que se siembra y se cultiva largo tiempo, con todo, es más placentero lo que nace espontáneamente.

»Por lo que a mí se refiere, debo decir que el día en que se me confirió el laticlavo o aquél en que, siendo hombre nuevo, y nacido en una ciudad en

absoluto favorable, obtuve la cuestura, el tribunado o la pretura, no fueron tan alegres como aquellos en los que, en la medida de mis cortas facultades oratorias, me es dado defender con éxito a un reo, exponer felizmente mi informe ante los centúmviros, o proteger y defender ante el príncipe a los propios libertos y procuradores imperiales. Me parece entonces que me elevo por encima de los tribunados, preturas y consulados; que poseo lo que, si no tiene su origen en otra parte, ni se concede por decreto ni llega gracias a las influencias.

»Pues bien, ¿qué arte proporciona una fama y un elogio que puedan ser comparados con la gloria de los oradores? ¿No son ilustres en la Ciudad no sólo entre los que andan absorbidos por sus asuntos y ocupaciones, sino incluso entre la gente desocupada y entre los jóvenes con tal que posean un carácter noble y una recta esperanza en ellos mismos? ¿Qué nombres son los que inculcan primero los padres a sus hijos? ¿A cuáles otros llaman por su nombre cuando pasan por la calle y los señalan con el dedo, incluso la gente ignorante y ese pueblo que viste túnica? Hasta los forasteros y peregrinos, tan pronto como llegan a la Ciudad, buscan y desean, yo diría, reconocer a aquellos de los que ya han oído hablar en sus municipios y colonias respectivas.

»Me atrevería a sostener que este Eprio Marcelo, del que he hablado hace un momento, y Crispo Vibio (uso más gustosamente ejemplos nuevos y recientes que lejanos y borrados del recuerdo) no son menos importantes en las regiones más apartadas de la tierra que en Capua o en Vercelli, donde se dice que nacieron. Y no les proporcionan esta fama doscientos millones de sestercios al uno y trescientos al otro (si bien es verosímil que hayan adquirido tales sumas por la gratificación a su elocuencia), sino la elocuencia misma, cuyo numen y fuerza divina ha dado a conocer a lo largo de los tiempos muchos ejemplos acerca de qué fortuna pueden alcanzar con la fuerza de su talento los hombres; pero éstos, como he dicho antes, los tenemos muy cerca y pueden conocerse, no de oídas, sino con nuestros propios ojos. En efecto, cuanto más humilde e ínfimo fue su nacimiento y cuanto más notable fue la pobreza y lo precario de la situación que los rodeó al nacer, tanto más ilustres son sus ejemplos para demostrar la utilidad de la oratoria, porque sin apoyo en su linaje, sin fortuna que los respalde, sin sobresalir ninguno de los dos por sus hábitos y nada favorecido uno de ellos por su aspecto físico, son durante muchos años ya los más influyentes de la ciudad y, mientras quisieron, los príncipes del foro, y ahora son los primeros en la amistad del César, tienen

todo en sus manos y son apreciados por el mismo príncipe con un especial respeto, porque Vespasiano, anciano venerable y que no se ofende nunca con la verdad, se dio perfecta cuenta de que, mientras sus restantes amigos se apoyaban en lo que habían recibido de él mismo y en lo que estaba dispuesto a acumular en ellos mismos o destinar a otros, Marcelo y Crispo hablan aportado con su amistad lo que no habían recibido, ni podía serlo, del Príncipe.

»Entre tantas y tan estimables ventajas ocupan un lugar insignificante los medallones, las inscripciones de elogio y las estatuas, objetos que, de todas formas, no se desdeñan, por supuesto, en igual grado que las riquezas y los bienes, de los que encuentras más fácilmente detractores que gente que los desprecie. En cualquier caso, podemos ver cargadas de honores, distinciones y riquezas las casas de quienes, desde el comienzo de su juventud, se entregaron a las causas forenses y a su afición por la oratoria.

»Las poesías y los versos, en los que Materno desea consumir toda su vida (de ahí, en efecto, ha arrancado toda la conversación), ni proporcionan a sus autores dignidad alguna ni acrecientan su bienestar material; consiguen, eso sí, un placer efímero, una loa inútil e infructuosa. Aunque tus oídos, Materno, rechacen esto y lo que voy a decir ahora, ¿a quién beneficia el que en tus obras un Agamenón o un Jasón hablen elocuentemente? ¿Quién, en su consecuencia, vuelve a su casa defendido y sintiéndose obligado para contigo? ¿Quién acompaña hasta su casa, saluda o sigue a todas partes a nuestro común amigo Saleyo, excelente poeta, o, si es éste un título más honroso, un ilustrísimo vate?.

»A buen seguro que si un amigo o pariente suyo, si él mismo incluso llega a verse envuelto en algún compromiso, recurrirá a Secundo, aquí presente, o a ti, Materno, pero no porque eres poeta ni para que hagas versos en su honor; y es que éstos nacen en la propia casa de Baso, hermosos y atractivos, sin duda, pero cuyo resultado consiste en que, tras estar durante todo un año día tras día y gran parte de las noches forjando y puliendo hasta conseguir componer un solo libro, encima se ve obligado a rogar y andar con zalamerías para encontrar quien se digne escucharlo y ni siquiera esto le sale gratis, pues debe tomar prestada una casa, preparar una sala, alquilar las sillas y repartir las invitaciones. Y aunque la lectura obtenga un muy feliz resultado, toda la alabanza se limita a uno o dos días, como cortada en hoja o arrancada en flor, antes de tiempo, sin

llegar a dar fruto seguro ni duradero; ni de ello se obtiene amistad, clientela o gratitud que permanezca en el ánimo de nadie, sino un griterío impreciso, elogios estériles y gozo pasajero. Recientemente hemos alabado, como admirable y excelente que era, la generosidad de Vespasiano, porque había donado a Baso quinientos mil sestercios. Hermoso es esto, sin duda, merecer la indulgencia del príncipe gracias al propio talento. Sin embargo, ¡cuánto más bello es, si así lo exige la situación económica, halagarse a sí mismo, ganarse la protección de su propio genio, poner sólo a prueba la propia generosidad! Añade el que los poetas, si es que pretenden elaborar y conseguir algo digno, deben dejar el trato con los amigos y los atractivos de la Ciudad, abandonar las demás ocupaciones y, como ellos mismos dicen, retirarse a bosques y sotos, es decir, a lugares solitarios.

»Ni siquiera la buena reputación y la fama, únicos logros a los que se someten y que, según propia confesión, son el único premio a todos sus esfuerzos, acompañan por igual a los poetas que a los oradores, pues nadie conoce a los poetas sin relieve y pocos a los buenos. ¿Cuándo llega a todos los rincones de la Ciudad la noticia de esas extraordinarias lecturas? Y no digamos de su difusión en un número tan grande de provincias. ¿Cuántos de los que llegan de Hispania o de Asia —por no hablar de nuestros paisanos, los galos— preguntan por Saleyo Baso? E incluso, si lo hacen, una vez lo han visto, se marchan tan satisfechos, lo mismo que si hubieran contemplado alguna pintura o estatua. Y no quiero que se interpreten mis palabras como si pretendiera apartar de la poesía a los que su naturaleza les negó aptitudes oratorias, si pueden entretener sus ratos libres con estas aficiones y, de paso, introducir su nombre en las conversaciones de todos.

»Considero sagrada y digna de respeto toda la literatura en cada una de sus manifestaciones; no sólo vuestro coturno o la sonoridad de un canto heroico, o, en el otro extremo, la gracia de la lírica, los juegos de los elegiacos, la acritud de los yambos, las bromas de los epigramas, cualquier otro género literario, en fin, creo que debe anteponerse a la práctica de las demás artes. Pero el motivo de mi discusión contigo, Materno, es que, aunque tus dotes te llevan hasta la misma cima de la elocuencia, prefieres desviarte y, aun siendo capaz de alcanzar lo más alto, te detienes en lo más intrascendente. Si hubieras nacido en Grecia, donde también es honroso practicar los juegos deportivos, y si los dioses te hubieran concedido la fuerza de un Nicóstrato, no permitiría que

aquellos músculos potentes y destinados a luchar perdieran su potencia con la suavidad del lanzamiento de la jabalina o el disco; pues bien, del mismo modo te reclamo desde las salas de lectura y los teatros al foro y los pleitos, a las auténticas luchas; sobre todo porque ni siquiera puedes recurrir a aquello a lo que se acogen muchos, que la actividad poética se presta menos a la ofensa que la de los oradores. La fuerza de tus extraordinarias aptitudes hierva y se desborda, y ofendes, no por un amigo sino, lo que es más peligroso, por Catón. Y no pueden excusar la ofensa las obligaciones de tu oficio o tu profesionalidad como abogado, o el ímpetu de un parlamento casual y repentino; da la sensación de que has elegido premeditadamente un personaje notable y que hablará con todo el peso de su prestigio. Creo adivinar la posible respuesta: que de ahí provienen las grandes adhesiones, el que esto es lo que, sobre todo, se elogia precisamente en las salas de lectura y en seguida está en boca de todos. Elimina, por consiguiente, la excusa de la tranquilidad y la ausencia de riesgo, puesto que te estás buscando un enemigo superior a ti. Ya tenemos bastante con intervenir en las controversias privadas y actuales, en las que, si alguna vez es inevitable ofender los oídos de los poderosos por un amigo en peligro, podemos hallar respaldo para nuestra lealtad y excusa a nuestra franqueza.»

Tras haber dicho Apro estas cosas, según su costumbre, con mucha fogosidad y con el rostro crispado, habló Materno en tono apacible y sonriendo: «Me disponía a acusar a los oradores empleando un tiempo no menor que el de Apro para alabarlos, pues pensaba que, al terminar con el elogio de aquéllos, atacaría a los poetas y echaría por tierra la afición a los versos; pero me ha suavizado la situación con cierta habilidad, concediendo que hagan versos los que no pueden defender pleitos.

»Yo, por mi parte, así como al intervenir en litigios puedo conseguir y lograr, tal vez, algo con esfuerzo, así también inicié con buen pie el camino de la fama con la lectura de mis tragedias, puesto que, evidentemente, con mi *Nerón* quebranté el poder de Vatínio, deshonesto y profanador de lo más sagrado de la cultura; en la actualidad, si hay en mi persona algo de reputación y nombre, pienso que se ha conseguido más por la fama de mis versos que por la de mis discursos. He decidido ya apartarme de las fatigas del foro y no añoro esos cortejos al salir de mi casa ni la multitud que acude a saludarme, ni tampoco esos bronces y medallones que, sin yo quererlo, irrumpieron en mi casa. La inocencia protege la situación social y la tranquilidad personal más que la elocuencia. Y no temo tener

que hablar en el senado, si no es con ocasión de un conflicto ajeno.

»En cuanto a los bosques y espesuras e incluso aquella vida retirada que censuraba Apro, me causan tan gran deleite que cabría enumerar entre los principales frutos de mis versos el que no los compongo en medio del estrépito, ni con el litigante sentado a la puerta, ni entre la suciedad y lágrimas de los acusados, sino que mi ánimo se retira a lugares puros y sin maldad, y disfruta en esas santas moradas. Ésta es la cima de la literatura, éste es su santuario. Con este aspecto y atavío se introdujo por vez primera para bien de los mortales en aquellos pechos castos y sin contaminar por vicio alguno. Así es como hablaban los oráculos. Pues la modalidad de esta elocuencia lucrativa y sanguinaria es reciente, nacida de la depravación de las costumbres y, así lo decías tú, Apro, utilizada como arma ofensiva.

»Aquel afortunado siglo, y para hablar a nuestro estilo, aquel tiempo áureo, desprovisto de oradores y acusaciones, era abundante en poetas y vates para cantar los hechos gloriosos, no para defender las acciones nefastas. Nadie tenía una mayor gloria o un puesto de privilegio más elevado que ellos; primeramente, ante los dioses, cuyas respuestas, se decía, interpretaban, y también que asistían a sus banquetes; después, ante aquellos famosos hijos de dioses y ante los reyes santos, entre los que no hemos oído nombrar a ningún causídico, sino a Orfeo y a Lino y, si quieres remontarte más lejos, al mismo Apolo. Pero si esto te parece legendario e imaginario en exceso, me concederás, Apro, que Homero obtiene entre la posteridad un puesto no menor que Demóstenes, y que la fama de Eurípides o Sófocles no se encuentra en unos límites más estrechos que la de Lisias o Hipérides. Hoy por hoy, encontrarás más detractores de la gloria de Cicerón que de la de Virgilio; y ningún libro de Asinio o Mesala es tan célebre como la *Medea* de Ovidio o el *Tiestas* de Vario.

«Tampoco temería comparar la suerte de los poetas y aquel su afortunado trato con las Musas con la vida desasosegada y tensa de los oradores. Puede que las luchas y sus propios peligros los promuevan hasta el consulado; yo prefiero el retiro tranquilo y seguro de Virgilio, situación en que no careció, sin embargo, de ascendiente a los ojos del divino Augusto ni de fama entre el pueblo de Roma. Testimonio de ello son las cartas de Augusto, testigo también el mismo pueblo, que, al escuchar unos versos de Virgilio en el teatro, se levantó como un solo hombre y, hallándose a la sazón presenciando el espectáculo, le rindió homenaje, como podría

hacerlo con Augusto.

»Ni tampoco, en nuestra época, Secundo Pomponio cedería a Afro Domicio en consideración social ni en la solidez de su fama. Pues ese Crispo y ese Marcelo, cuyos ejemplos me propones, ¿qué tienen de apetecible en su suerte?: ¿que temen o se les teme; que siendo objeto de súplicas diariamente, les odian los mismos a los que favorecen; que, obligados por toda clase de adulaciones, nunca aparecen suficientemente siervos a los ojos de los que mandan ni suficientemente libres a los nuestros? ¿Qué clase de supremo poder es el suyo? El de los libertos imperiales suele estar al mismo nivel.

»En cambio a mí, alejado de las angustias, de las preocupaciones y de la obligación de hacer a diario algo contra mi voluntad, llévenme las “dulces Musas”, como dice Virgilio, a aquellas moradas santas, a aquellas fuentes, donde no tenga que afrontar por más tiempo, tembloroso, el foro insensato y resbaladizo y la popularidad agotadora. No me perturbará el griterío de los que van a saludarme, ni tampoco el liberto jadeante; ni intranquilo por el futuro, tendré que otorgar testamento como garantía; ni quiero poseer más de lo que pueda dejar a quien yo quiera; y “cuando me llegue el día señalado por el destino”, me gustará que mi imagen en el túmulo no sea triste ni siniestra, sino alegre y coronada de flores; y que nadie presente propuesta alguna en el senado ni suplique al emperador para perpetuar mi memoria.»

Apenas había terminado Materno, con fogosidad y como inspirado, cuando entró en su habitación Vipstano Mesala y, sospechando por la tensa expresión de los contertulios que tenían entre manos un tema muy importante, exclamó: «¿Os he interrumpido en un mal momento, deliberando sobre algún asunto reservado o preparando algún caso judicial?»

«No, en absoluto —dijo Secundo—; es más, por mi gusto podías haber llegado mucho antes; te hubiera deleitado la muy cuidadosa disertación de nuestro querido Apro, con la que ha exhortado a Materno a que emplee todo su talento y esfuerzo en la abogacía, y la refutación de Materno en favor de sus versos, entusiasta y tal como conviene a la defensa de los poetas, bastante atrevida y más cercana al lenguaje de la poesía que al de la oratoria.»

«Indudablemente —dijo Mesala—, tal conversación me habría producido

un enorme placer. Y me seduce el hecho mismo de que vosotros, personas tan distinguidas y los mejores oradores del momento, ejercitéis vuestro talento no sólo en los asuntos forenses y en ejercicios declamatorios, sino que acometáis también cuestiones de esta clase, que, además de alimentar vuestro intelecto, proporcionan un muy alegre pasatiempo de erudición literaria no sólo a vosotros, que mantenéis tales discusiones, sino a aquellos a cuyos oídos puedan llegar. Con estas premisas, entiendo, a fe, que se elogia en ti, Secundo, el que, al componer la biografía de Julio Africano, hayas infundido en la gente la esperanza de que aparecerán muchos libros de interés similar; y no menos elogiable es en Apro el que no haya dejado aún las controversias de escuela y prefiera emplear su ocio a la manera de los nuevos retóricos y no a la de los antiguos oradores.»

A lo que Apro replicó: «No cesas de admirar. Mesala, sólo lo pasado y antiguo y de reírte, en cambio, y de despreciar las actividades de nuestra época. Ya te he oído muchas veces estas mismas palabras, con las que, olvidándote de tu propia elocuencia y la de tu hermano, pretendías la inexistencia de oradores actuales, tanto más audazmente cuanto que no temías las críticas de los maliciosos, al rechazar para ti mismo la gloria que otros te conceden.»

«Pues no me arrepiento de tales palabras —dijo Mesala—, ni creo que Secundo, Materno o tú mismo, Apro, opinéis de forma distinta, aunque a veces discutas en términos opuestos. Y quisiera conseguir de alguno de vosotros que investigara y expusiera las causas de esta enorme diferencia, sobre la que yo mismo me interrogo con gran frecuencia. Lo que para algunos es un motivo de consuelo, en mí aumenta mi perplejidad, porque veo que también entre los griegos ha ocurrido que Sacerdote Nicetes y todos los que alborotan a Éfeso o Mitilene con el coro de aclamaciones de sus discípulos, está más lejos de Esquines o Demóstenes que Afro, Africano o vosotros mismos respecto a Cicerón o Asinio.»

«Has suscitado —intervino Secundo— una cuestión importante y digna de tratarse. Pero ¿quién la expondrá con más justeza que tú, en quien una cuidadosa reflexión ha venido a añadirse a una gran erudición y a un talento muy aventajado?»

«Os descubriré —continuó Mesala— lo que pienso si llego a conseguir antes de vosotros que me ayudéis en mi exposición.»

«Lo prometo en nombre de los dos —dijo Materno—, pues tanto yo como Secundo trataremos aquellos puntos que, a nuestro entender, hayas dejado, no por omisión, sino para que los toquemos nosotros. Que Apro suele disentir, ya lo dijiste hace poco y está claro que prepara tiempo ha sus armas contra nosotros, y que no soporta con buen talante nuestro acuerdo en alabar a los antiguos.»

«Desde luego —confirmó Apro— no estoy dispuesto a consentir que nuestra época sea condenada por esta conspiración vuestra, sin que haya sido oída ni defendida. De momento, debo preguntaros a quiénes llamáis “antiguos”, qué época determináis con esa palabra; pues cuando oigo “antiguos”, me hago la idea de gentes nacidas en un pasado muy remoto, y aparecen ante mis ojos Ulises y Néstor, cuya época precede a la nuestra en mil trescientos años, más o menos; vosotros, en cambio, citáis a Demóstenes e Hipérides, que, como es bien sabido, sobresalieron en tiempos de Filipo y Alejandro, a los que incluso sobrevivieron ambos. Esto hace que entre nuestra época y la de Demóstenes no medien mucho más de trescientos años. Este espacio de tiempo, si lo comparamos con la debilidad de nuestros cuerpos, quizá parezca largo; pero en relación con la naturaleza de los siglos y a la consideración de este tiempo infinito, es muy breve y lo tenemos muy próximo; pues si, como Cicerón escribe en su *Hortensio*, un año grande, auténtico, es aquel en que la posición del cielo y de los astros volverá a ser exactamente la misma que la de ahora, y tal año abarca doce mil novecientos cincuenta y cuatro de los que nosotros llamamos años, vuestro Demóstenes, al que suponéis viejo y antiguo, comienza a existir no sólo en el mismo año que nosotros, sino hasta en el mismo mes.

»Pero pasemos a los oradores latinos; entre éstos, supongo, no soléis poner a Menenio Agripa (que puede ser considerado antiguo) por delante de los hombres elocuentes de nuestra época, sino a Cicerón, César, Celio, Calvo, Bruto, Asinio y Mesala; y no veo por qué motivo situáis a éstos en períodos anteriores, en lugar de en el actual.

«Pues, por referirme al mismo Cicerón, fue asesinado bajo el consulado de Hircio y Pansa el siete de diciembre, como escribe su liberto Tirón, año en el que el divino Augusto sustituyó en el consulado a Pansa e Hircio por Quinto Pedio y él mismo. Pon cincuenta y seis años, durante los que rigió la República el divino Augusto; añade veintitrés de Tiberio y casi cuatro de Gayo; catorce de Claudio y otros tantos de Nerón y aquel largo, aunque

uno sólo, de Galba, Otón y Vitelio, y, finalmente, la sexta etapa de este feliz Principado, en la que Vespasiano ejerce su labor bienhechora sobre la república: desde la muerte de Cicerón hasta hoy hacen un total de ciento veinte años; la vida de un hombre; nada más. Pues yo vi con mis propios ojos en Britania a un anciano que, según confesaba, había intervenido en la guerra con la que intentaron rechazar y expulsar de sus costas a César, que se disponía a invadir el país. Así que si a aquél, que hizo frente a César con las armas, el cautiverio, sus propios deseos o el destino le hubieran arrastrado a la Ciudad, habría podido oír a César y Cicerón en persona, y asistir igualmente a nuestros pleitos.

»Por cierto que vosotros mismos visteis, en la última distribución de dinero, a muchos ancianos que decían haber recibido tales repartos del divino Augusto con cierta frecuencia. De lo cual puede deducirse que pudieron prestar su atención tanto a Corvino como a Asinio, dado que la actividad de Corvino continuó hasta la mitad del Principado de Augusto y la de Asinio casi hasta su final.

»De modo que no dividáis un siglo ni insistáis en llamar antiguos y gentes del pasado a oradores a los que los oídos de las mismas personas pudieron escuchar y, por decirlo así, juntar y unir.

»He expuesto esto previamente para que, si por alguna fama y gloria de estos oradores, se obtiene buena reputación para su época, pueda yo demostrar que tal reputación se halla a caballo entre dos períodos y más próxima a nosotros que a Servio Galba o a Gayo Carbón y a otros que hemos llamado con fundamento “antiguos”; son, en efecto, desagradables, sin pulir, rudos y toscos; ¡ojalá no los hubieran imitado en ningún aspecto vuestro Calvo, o Celio, o el mismo Cicerón!

»Y ahora quiero expresarme con más valentía y atrevimiento, tras dejar sentado que se cambian con los tiempos las formas y los géneros de la oratoria. Así, Gayo Graco, comparado al viejo Catón, es de estilo más rico y exuberante; así, Craso es más cuidadoso y elegante que Graco; Cicerón matiza más y es más distinguido y más elevado que cualquiera de los dos; Corvino es más suave, más dulce y trabaja más el vocabulario que Cicerón. No pregunto por el más elocuente: de momento me conformo con haber probado que el rostro de la oratoria no es único, sino que se pueden captar múltiples aspectos, incluso entre los que llamáis antiguos; que lo que es distinto no es necesariamente peor, y que es un defecto propio de la malicia humana el alabar siempre lo antiguo y sentir repugnancia por lo

actual.

«¿Podemos dudar que hay quienes admiran a Apio el Ciego por delante de Catón? Bien sabido es que ni siquiera a Cicerón le faltaron detractores, a los que les parecía vacío, ampuloso, poco preciso, demasiado enfático, reiterativo y poco ático. Habéis leído las cartas de Calvo y Bruto a Cicerón, de las que puede desprenderse fácilmente que Calvo le pareció a Cicerón débil y seco, y Bruto superficial y desordenado; y que, a la inversa, Cicerón oyó hablar mal de él a Calvo, por ser, en su opinión, flojo y sin vigor, y en la opinión de Bruto (y por utilizar sus mismas palabras), “débil y deslomado”. Si me preguntas, me parece que todos han dicho verdad; pero examinaremos en seguida uno por uno. Ahora me voy a ocupar de todos en conjunto.

»En efecto, mientras que los arcaizantes suelen fijar como confín de la antigüedad *** a Casio, al que declaran culpable y afirman que fue el primero en apartarse de aquel viejo y recto sendero de la elocuencia, yo sostengo que adoptó otro tipo de estilo oratorio no por falta de facultades ni por falta de cultura literaria, sino tras meditarlo concienzudamente.

«Vio, como decía hace un momento, que la forma y la presentación del discurso ha de cambiarse de acuerdo con las circunstancias históricas, que provocan la aparición de un auditorio diferente. Fácilmente soportaba aquel público de antes, por ser ignorante y rudo, la duración interminable de aquellos discursos farragosos y hacía objeto de sus alabanzas justamente al que consumiera todo un día pronunciándolo. En efecto, tenían un puesto de honor la larga preparación de los exordios, el hilo de la narración buscado desde muy atrás, el alarde de las muchas divisiones, los mil grados de las pruebas, y todos los preceptos de los aridísimos libros de Hermágoras y Apolodoro. Y si alguno parecía haber olfateado la filosofía, insertaba algún principio de ésta en su discurso y era ensalzado hasta el cielo. No es extraño: eran materias nuevas y desconocidas y muy pocos de los propios oradores sabían los preceptos de los retóricos o las sentencias de los filósofos.

»Pero a fe que, al estar ya todo esto divulgado y no quedar fácilmente en el tribunal alguien que no esté, si no muy instruido en los fundamentos de estas disciplinas, sí, por lo menos, bastante iniciado, son necesarios nuevos y escogidos caminos para la elocuencia, con los que el orador evite el hastío del auditorio; sobre todo ante esos jueces que actúan con la fuerza que les proporciona su cargo, no con arreglo a una preceptiva

jurídica, y no aceptan cualquier duración del discurso, sino que la establecen ellos mismos, y no son partidarios de esperar al orador hasta que le plazca entrar en el meollo del asunto, sino que muchas veces lo amonestan y lo llaman al orden si se desvía a otro tema, y le dan claras muestras de que tienen prisa.

»¿Quién está hoy en día dispuesto a soportar a un orador que comienza su parlamento hablando de su poca salud? Ésos son casi siempre los exordios de Corvino. ¿Quién tendrá la suficiente calma para escuchar cinco libros contra Verres? ¿Quién soportará pacientemente aquellos inmensos volúmenes sobre excepciones y fórmulas que leemos en las defensas de Marco Tulio o de Aulo Cecina?

»En nuestros tiempos, el juez se adelanta al que está hablando y, si no queda convencido y seducido por el desarrollo de los argumentos, o por el colorido de las sentencias, o por el brillo y cuidado de las descripciones, le vuelve la espalda. También el público que asiste y el oyente que de manera casual allí se asoma, se ha acostumbrado ya a exigir alegría y belleza en el discurso y no soporta el tristón y descuidado arcaísmo, como tampoco el que alguno quisiera reproducir en escena los gestos de Roscio o de Turpión Ambivio.

»Por otra parte, los jóvenes que se están forjando en el yunque de las mismas disciplinas, que siguen a los oradores para propio provecho, no se conforman con escucharlos, sino que además pretenden llevarse a casa algo ilustre y digno de recuerdo; hacen intercambios entre ellos y muchas veces escriben a sus colonias y provincias cualquier pensamiento que brille en una hábil y breve sentencia, o cualquier pasaje que resplandezca por su forma exquisitamente poética. Pues actualmente se exige del orador un adorno poético, no manchado por el moho de Accio o Pacuvio, sino obtenido del santuario de Horacio, Virgilio y Lucano.

»En consecuencia, la actual generación de oradores se ha procurado más belleza y adorno por complacer a los oídos de tales gentes. Y no resultan menos eficaces nuestros discursos por llegar a los oídos de los jueces causándoles placer. ¿Pues qué? ¿Se puede creer que los templos actuales son menos sólidos porque no se levantan a base de ruda mampostería y tejas toscas, sino que brillan por el mármol y resplandecen con el oro?

»Os confesaré, a decir verdad, que frente a algunos aspectos de los

antiguos a duras penas contengo la risa, y el sueño frente a otros. Y no hablo de la caterva de Canucio o de Attio... *** Me refiero a Furnio y Toranio y otros que, en el mismo sanatorio, alaban estos huesos demacrados. El mismo Calvo, a pesar de haber dejado, según tengo entendido, ciento veinte libros, apenas me convence en uno o dos discursillos. ¿Cuántos leen los discursos de Calvo contra Asicio o contra Druso? En cambio todos los estudiantes manejan habitualmente las acusaciones que llevan por título «Contra Vatinio» y, sobre todo, el segundo discurso; está dotado, sin duda, de gran belleza formal y conceptual, adaptada a los oídos de los jueces, para que podamos saber que también Calvo comprendía qué era lo mejor y que para hablar con tono más elevado y elegante no le había faltado voluntad, sino el ingenio y las fuerzas.

»En cuanto a los discursos de Celio, son agradables —enteros o en algunos pasajes— aquellos en los que reconocemos la brillantez y la elevación de nuestra época. En cambio, aquella sordidez de las palabras, aquella composición a saltos y las expresiones descuidadas, desprenden un tufillo a viejo, y no me imagino a nadie tan aficionado a las antigüedades que alabe a Celio por lo que tiene de arcaico.

»Perdonemos a Gayo César el que, por la magnitud de sus proyectos y sus empresas, obtuviera menores logros en la elocuencia que lo que su divino ingenio le exigía. Asimismo, dejemos a Bruto con su filosofía, pues incluso sus admiradores reconocen que en sus discursos ocupa un lugar inferior a su fama. A no ser que alguien tal vez lea los libros de César en defensa de Decio el Samnita o de Bruto en defensa del rey Deyotaro, u otros de la misma frialdad y languidez; a no ser que haya quienes admiren también sus poesías. Hicieron, sí, poesías, y las hicieron llegar a las bibliotecas con acierto no mayor que Cicerón, pero con más fortuna, porque son menos los que saben que las compusieron.

«También Asinio, aunque sea de una época más reciente, me parece que estudió con los Menenios y los Apios; en todo caso, imitó a Pacuvio y Accio no sólo sus tragedias, sino también sus discursos; hasta tal punto es duro y seco. Y es que el discurso, como el cuerpo humano, es hermoso únicamente cuando no resaltan sus venas ni se pueden contar sus huesos, sino que una sangre pura y sana llena los miembros, brota de los músculos y un tono sonrosado cubre los nervios y hay una belleza que los realza.

»No quiero enjuiciar a Corvino, pues no se le puede culpar de que no reprodujera la belleza y brillantez de nuestra época; podemos ver, desde luego, en qué grado su capacidad imaginativa e intelectual correspondió a sus criterios.

»Paso a Cicerón, que tuvo con sus coetáneos la misma pugna que yo ahora con vosotros: aquéllos admiraban a los antiguos y él situaba en el primer lugar la elocuencia de su época; y en ninguna otra cosa dejó más atrás a los oradores de su tiempo que en su atinado criterio, pues fue el primero que pulió el discurso, el primero que lo dotó de un vocabulario seleccionado y de una técnica en su composición, amén de ensayar pasajes de un mayor colorido y hallar ciertas sentencias sagaces, sobre todo en los discursos que escribió ya anciano y al final de su vida, esto es, después que su progreso había sido mayor y mejor había aprendido por la práctica cuál era el estilo ideal para la oratoria.

»En efecto, sus discursos anteriores no están exentos de los vicios de la antigüedad: es lento en los exordios, premioso en las narraciones, prolijo en las digresiones; tardo para conmoverse, raras veces se entusiasma; pocas frases acaban de manera armoniosa y con un cierto lustre; no puedes resumir ni retener nada y, como en un edificio tosco, las paredes son sólidas y duraderas, pero no lo suficientemente pulidas ni brillantes. Como en el caso de un padre de familia rico y elegante, al orador no lo quiero yo cubierto únicamente por un techo que le evite la lluvia y el viento, sino que éste, además, sea vistoso y deleite la vista; que no esté dotado exclusivamente de aquel ajuar imprescindible, sino que su mobiliario contenga oro y piedras preciosas para que constituya un placer cogerlo, tenerlo en las manos y contemplarlo continuamente.

»Apártense lejos ciertas corruptelas, por obsoletas y malolientes; que no haya ninguna palabra podrida por el moho; que no se componga ningún período con estructura lenta y sin arte, a manera de los *Anales*; evítense las chocarrerías ordinarias e insulsas, varíese la composición y que no se rematen todas las cláusulas de un modo único e idéntico.

»No quiero burlarme de la “rueda de la Fortuna” y el “derecho verrino”, ni de aquel famoso *esse uideatur* colocado en todos sus discursos como cláusula cada tres frases. Porque de no muy buen grado he recordado esto y he omitido mucho que, sin embargo, es lo único que admiran y reproducen los que suelen llamarse a sí mismos oradores de la antigua

ola. No citaré a nadie en concreto; bastará con haber indicado el tipo de personas. Pero vosotros, en cualquier caso, tenéis ante los ojos a éstos que leen a Lucilio en lugar de Horacio y a Lucrecio en lugar de Virgilio, para los que la elocuencia de Aufidio Baso o de Servilio Noniano es de ínfima calidad en comparación con la de Sisenna o Varrón; gente que rechaza y odia los comentarios de nuestros retóricos y admira los de Calvo. No hay oyentes que les presten atención cuando peroran ante el juez al modo arcaico; no los escucha el público; apenas los aguanta el propio litigante; así de tristes y desaliñados, consiguen aquella salud de la que se jactan, no por su vitalidad, sino por el ayuno. Así y todo, los médicos tampoco dan su aprobación a una salud corporal lograda a base de tensión anímica; poca cosa es no estar enfermo: lo ideal es estar animoso, alegre y con moral. No está lejos de la enfermedad el que es elogiado sólo por su buena salud.

»Pero vosotros, hombres muy elocuentes, dado que podéis —y de hecho lo hacéis—, dad lustre a nuestro siglo con el estilo oratorio más bello posible. Pues también a ti, Mesala, te veo imitando los mejores hallazgos de los antiguos, y vosotros. Materno y Secundo, unís de tal manera el brillo y la elegancia de vocabulario a la profundidad de los conceptos, es tal la selección de temas, tal el orden en la exposición, tal la riqueza expresiva cuando el asunto lo requiere, tal la concisión cuando lo permite, tal la belleza en la composición, tal la nitidez de las sentencias, de tal modo expresáis los estados de ánimo y moderáis vuestras ocasionales licencias que, aunque la envidia y la odiosidad intentaran entorpecer nuestros juicios, la posteridad ha de decir la verdad sobre vosotros».

Tras estas palabras de Apro habló Materno: «¿Os dais cuenta de la fuerza y la fogosidad de nuestro amigo Apro? ¡Con qué ímpetu torrencial ha defendido a nuestro siglo, con qué abundancia y variedad ha zarandeado a los antiguos, con qué genio inspirado, con qué erudición y arte ha tomado en préstamo armas de aquéllos, para atacarlos con ellas a renglón seguido! Sin embargo, Mesala, no debe modificarse tu promesa, pues ni pedimos defensor para los antiguos, ni comparamos a alguno de nosotros con los que ha atacado Apro, aunque acabamos de ser elogiados. Tampoco él opina de esa manera, sino que, siguiendo una costumbre antigua y muy utilizada por nuestros filósofos, ha asumido el papel de contradictor. Conque procura exponernos, no la alabanza de los antiguos —bastante alabanza es su propia fama—, sino las causas por las que hemos retrocedido tanto respecto de su elocuencia, sobre todo si tenemos

en cuenta que el cómputo del tiempo nos dice que han transcurrido hasta hoy ciento veinte años desde la muerte de Cicerón».

Entonces dijo Mesala: «Seguiré el plan trazado por ti. Materno; pues no necesito mucho tiempo para refutar a Apro, quien, según creo, suscitó en primer lugar la controversia sobre un nombre, porque, decía él, eran llamados con poca propiedad “antiguos” los que se sabe perfectamente que vivieron hace cien años. No voy a discutir sobre tal palabra; llámelos antiguos, antepasados o cualquier otro nombre que prefiera, con tal de que reconozca que la oratoria de aquella época fue más destacada. Ni siquiera me opongo a esa parte de su intervención, si está de acuerdo en que se han dado diversas formas de hablar, incluso en una misma época; con mayor motivo se dará tal situación en épocas distintas.

»Pero, así como entre los oradores áticos Demóstenes ocupa el primer lugar y le siguen de cerca Esquines, Hipérides, Lisias y Licurgo, y el sentimiento general ratifica que ésta fue la época de mayor esplendor para la oratoria, así también entre nosotros Cicerón aventajó sin duda al resto de los oradores de su tiempo y Calvo, Asinio, César, Celio y Bruto son antepuestos con justicia a los que les preceden y a los que les siguen. Lo de menos es que se diferencien por sus rasgos específicos, si coinciden en sus líneas generales, más ajustado, Calvo; más cadencioso, Asinio; más brillante, César; más mordaz, Celio; más trascendente, Bruto; más vehemente, pleno y vigoroso. Cicerón. En definitiva, todos muestran idéntica lozanía en su estilo, de modo que, si llegas a manejar conjuntamente los libros de todos ellos, te darás cuenta que existe una cierta semejanza y parentesco de criterio e intenciones, aunque se desenvuelvan en talentos diferentes.

»Respecto al hecho de que se criticaran recíprocamente —y sus cartas incluyen alguna de estas críticas, por lo que parece descubrirse una recíproca malquerencia—, tal defecto no es privativo de los oradores, sino común a los hombres, pues es indudable que tanto Calvo como Asinio y el mismo Cicerón cayeron con frecuencia en los celos y en la envidia y estaban afectados por los restantes vicios de la humana flaqueza. Pienso que de entre ellos Bruto fue el único que no exteriorizó sus opiniones con envidia ni malevolencia, sino con sencillez y sinceridad. ¿Sentía hostilidad hacia Cicerón alguien que ni siquiera, en mi opinión, la sintió hacia César?

»En lo que se refiere a Servio Galba, Gayo Lelio y todos los oradores antiguos a los que no has cesado de atacar, no procede su defensa,

porque confieso que les faltaron ciertas cualidades en su oratoria, incipiente aún y no lo suficientemente madura.

»Por lo demás, si tras dejar a un lado aquel óptimo género de oratoria, tuviera que elegir una forma de hablar, a fe que preferiría el ímpetu de Gayo Graco o la madurez de Lucio Craso a las florituras de Mecenas o los perifollos de Galión; es mejor vestir el discurso con una toga, por áspera que sea, que adornarlo con prendas de colores llamativos y propios de una cortesana. No es de oradores, ni siquiera varonil, a fe, ese estilo que utilizan la mayor parte de los abogados actuales, con el que imitan los ritmos de las pantomimas en el amaneramiento de sus palabras, en sus conceptos intrascendentes y la excesiva libertad en la composición. Y lo que ni debería oírse: la mayoría se jacta, como motivo de fama y gloria e indicio de su talento, de que sus discursos se canten y se bailen. De aquí proviene aquella expresión desagradable y ofensiva, pero muy extendida, de que “nuestros oradores hablan melosamente, nuestros comediantes bailan con elocuencia”.

»De acuerdo, no voy a negar que Casio Severo, el único al que el amigo Apro ha osado citar, pueda ser llamado orador, si se compara con los que vinieron después, aunque gran parte de su obra contenga más dosis de bilis que de sangre, pues, desdeñando el orden en la exposición, sin atender a la modestia y al decoro en las palabras, utilizando sin arte las armas de las que cabalmente se servía y derribado con frecuencia por su obsesión de herir, es el primero en mostrarse como un alborotador, y no como un luchador. Pero, como digo, comparado con los que le siguen, y a la vista de su rica erudición, de la gracia de su casticismo y de su propio vigor, supera con mucho a los demás, a ninguno de los cuales se ha atrevido Apro a nombrar o, por decirlo así, a sacarlo a la línea de combate. Yo esperaba que, tras acusar a Asinio, Celio y Calvo, nos presentaría otro escuadrón y nombraría a más, o, al menos, a otros tantos, de los que opondríamos uno a Cicerón, otro a César, y así todos en combates singulares.

«Ahora, contento con haber criticado a ciertos oradores antiguos, no se ha arriesgado a elogiar a ninguno de los posteriores, a no ser en general y en bloque, por temor, supongo, a ofender a muchos si destacaba a unos pocos. Pues, ¿cuántos oradores de escuela no disfrutaban con el convencimiento de que se deben situar antes de Cicerón, si bien a todas luces después de Gabiniano? Yo, por mi parte, no sentiré temor en citar

uno por uno para que, a la luz de los ejemplos propuestos, aparezca más diáfananamente a través de qué etapas ha quedado rota y disminuida la oratoria.»

«No, déjalo —dijo Materno—; vale más que cumplas tu promesa, puesto que no pretendemos concluir que los antiguos eran más elocuentes —de lo que estoy completamente seguro—, sino que inquirimos las causas, cuestión que tú mismo tenías por costumbre tratar, según dijiste hace un momento, cuando hablabas en tono más suave y menos irritado contra la oratoria actual, antes de que Apro te ofendiera atacando a tus antepasados».

«No me siento ofendido —replicó Mesala— por la controversia de mi amigo Apro, ni sería conveniente que vosotros lo estuvierais si algo llega a herir vuestros oídos, sabiendo que hay una norma para este tipo de conversaciones: exponer cada opinión sin perjuicio de las relaciones de amistad.»

«Continúa —dijo Materno—, y, puesto que hablas de los antiguos, utiliza su misma libertad, de la que hemos degenerado aún más que de su elocuencia.»

«No buscas unas causas recónditas, Materno —continuó Mesala—, ni desconocidas para ti o para Secundo o para Apro, aquí presentes, aunque me asignéis el cometido de sacar a la luz lo que todos sabemos. En efecto, ¿quién ignora que la oratoria y las demás artes se han alejado de su pasada gloria no por falta de hombres capacitados, sino por la desidia de los jóvenes, la negligencia de los padres, la ignorancia de los maestros y el olvido de las costumbres tradicionales?. Estos males surgieron primero en la Ciudad, se extendieron en seguida por Italia y se están propagando ya a las provincias. Lo que os concierne es más familiar para vosotros. Yo hablaré de la Ciudad y de estos vicios propios y típicos que nos reciben nada más nacer y van acumulándose a lo largo de cada una de las etapas de nuestra vida; si bien voy a exponer antes algunas ideas sobre la vigorosa disciplina de nuestros antepasados en el terreno de la educación y de la formación de sus hijos.

»Pues antaño los hijos nacidos de madre honrada no se criaban en el cuartucho de una nodriza alquilada, sino en el regazo y en el seno de su propia madre, y ésta tenía como principal motivo de orgullo velar por la casa y ser una esclava para sus hijos. Se elegía alguna pariente de edad,

y a sus probadas y comprobadas costumbres se confiaba toda la prole de la misma familia. En su presencia no se permitía nada que pudiera parecer expresión grosera o acción vergonzosa. Con una virtud que infundía respeto, moderaba incluso los esparcimientos y juegos de los niños, no ya sólo sus aficiones e inquietudes. Así se ocupó Cornelia, la madre de los Gracos, de la educación de sus hijos —según se nos ha dicho— y consiguió que llegaran a ser personajes de primera fila; y lo mismo hizo Aurelia con César y Acia con Augusto. Este rigor en la disciplina tenía como mira el que las cualidades individuales, puras e intactas y sin desviarse por ninguna corrupción, se lanzasen abiertamente al cultivo de las artes nobles y, ya se inclinase su vocación a la milicia, ya a la ciencia jurídica o a la oratoria, se dedicara sólo a un campo y penetrara en él hasta sus últimas consecuencias.

«Pero ahora el niño recién nacido se entrega a cualquier criadilla griega, a la que se agregan uno o dos siervos del montón, en general los peores e incapaces para ningún quehacer serio. Aquellas almas tiernas y sin cultivar se impregnan al instante de los chismes y aberraciones de esta gente y nadie en toda la casa se preocupa de lo que diga o haga en presencia del joven dueño. Es más, ni siquiera sus mismos padres acostumbran a los pequeños a la honradez ni a la modestia, sino a la broma y a la chacota, medios a través de los que, poco a poco, penetra furtivamente la falta de pudor y el desprecio de lo propio y de lo ajeno.

»Me da la impresión de que se contraen casi en el vientre de la madre los vicios exclusivos y peculiares de esta ciudad: me refiero a la afición por el teatro y el entusiasmo por los espectáculos de gladiadores y de caballos; ocupado y obsesionado por ellos, ¿qué resquicio deja el ánimo para ocupaciones más dignas?, ¿cuántos hallarás que en casa hablen de alguna otra cosa?, ¿qué otras conversaciones sorprendemos en los jóvenes al entrar en las salas de lectura? Ni siquiera los maestros mantienen con sus oyentes otro tema de conversación más frecuente; no atraen a sus discípulos con el rigor de sus enseñanzas ni dando muestras de su talento. Se valen de los saludos y del cebo de las lisonjas.

»Excluyo los rudimentos de la educación, en los que tampoco se trabaja casi nada. Ni en el estudio de los autores, ni en el progreso hacia el conocimiento del pasado, ni en las nociones de hechos, hombres o épocas se aplica el esfuerzo suficiente; se busca, en cambio, a los que llaman retóricos. Como a continuación voy a referir cuándo se introdujo esta

profesión en la Ciudad y cómo no tuvo ningún prestigio entre nuestros antepasados, es necesario que fije la atención en aquella disciplina que, así se nos ha dicho, utilizaron aquellos oradores cuyos libros encierran su inmensa labor, su cotidiana reflexión y su práctica asidua en todo tipo de estudios.

»No ignoráis que el libro de Cicerón titulado *Bruto* relata en su parte final —pues la primera incluye la enumeración de los oradores antiguos— los comienzos, las etapas y lo que podría ser la evolución de su elocuencia. Nos dice que aprendió Derecho civil con Quinto Mucio; que estudió concienzudamente todos los aspectos de la filosofía con Filón el académico y con Diódoto el estoico. Que no contento con estos maestros, con gran número de los cuales había coincidido en la Ciudad, recorrió también Grecia y Asia para abarcar toda la gama de conocimientos. Así es como se puede ver en los libros de Cicerón que no le faltaron nociones de geometría, música, gramática ni, en definitiva, de ninguna arte liberal. Conocía la sutileza de la dialéctica, el terreno práctico de la ética, los procesos de la naturaleza y sus causas.

»Así es, mis buenos amigos, así es. Aquella oratoria admirable rebosa y se desborda con su gran erudición y su saber enciclopédico. La fuerza y las facultades del orador no están reducidas a límites cortos y estrechos como las demás cosas: es orador el que puede hablar bella y elegantemente sobre cualquier cuestión, de forma apropiada para convencer, acorde con la dignidad del tema y con las circunstancias, y sabiendo agradar a sus oyentes.

»De esto estaban convencidos aquellos antepasados y comprendían que para conseguirlo no era necesario declamar en las escuelas de los retóricos ni forzar la lengua y la voz en controversias fingidas y de ningún modo cercanas a la realidad, sino llenar la mente con aquellas ciencias en las que se discute sobre lo bueno y lo malo, lo honesto y lo deshonesto, lo justo y lo injusto. Esta materia es la que está a disposición del orador para sus elocuciones. En efecto, normalmente disertamos sobre la equidad en los juicios; en las asambleas, sobre la utilidad; sobre la honestidad en los panegíricos. Y no obstante, estos mismos temas se entremezclan con frecuencia. Nadie puede hablar sobre ellos con amplitud, variedad y elegancia, salvo quien conoce la naturaleza humana, la fuerza de las virtudes, la depravación de los vicios y el significado de lo que no se incluye ni entre las virtudes ni entre los vicios. De estas fuentes emana,

además, la ventaja de que se excita más fácilmente la ira del juez o la suaviza, si se sabe qué es la ira; y asimismo se le induce mejor a la misericordia si se sabe qué es la misericordia y con qué sentimientos se suscita. El orador familiarizado con estos estudios y prácticas, según tenga que hablar ante jueces hostiles o parciales, o ante envidiosos, malhumorados y tímidos, tomará el pulso a los ánimos y, según pida el carácter de cada cual, cargará la mano y templará el discurso, teniendo a mano todo tipo de instrumentos auxiliares dispuestos para cualquier eventualidad.

»Hay a quienes les merece más confianza el estilo oratorio conciso, apretado y que redondee cada argumento con prontitud: ante éstos será provechoso haber ejercitado la dialéctica. A otros gusta más un discurso amplio, uniforme y sacado de la experiencia común: para influir sobre estos otros tomaremos prestados de los peripatéticos los argumentos apropiados y perfectamente dispuestos para todo tipo de discusión. Los académicos nos surtirán de combatividad; Platón, de distinción; Jenofonte, de encanto. Tampoco le estorbará al orador tomar ciertas máximas honestas de Epicuro o de Metrodoro y utilizarlas cuando el caso lo requiera, pues no estamos describiendo a un sabio ni a un seguidor del estoicismo, sino a una persona que debe apurar hasta el final algunas disciplinas, pero probar de todas. Por este motivo los antiguos oradores incluían entre su saber la ciencia del Derecho civil y salían del paso con unas ligeras nociones de gramática, música y geometría, dado que se presentan procesos —la mayoría, por no decir prácticamente todos— en los que es conveniente un conocimiento del derecho y también muchos en los que se necesita ese segundo campo de materias.

»Y no responda nadie que basta con una instrucción sencilla y específica para cada circunstancia. En primer lugar, utilizamos el caudal propio de una manera y el prestado de otra distinta, y está claro que hay gran diferencia entre que alguien aporte conocimientos que le son propios o que los tome de otro. Además, el dominio de múltiples campos nos distingue al hablar incluso sobre otros temas, nos hace sobresalir y nos proporciona brillantez en los momentos más inesperados.

»Esto lo comprende no sólo el oyente entendido y preparado, sino el vulgo, y lo elogia al instante, reconociendo que se ha instruido debidamente, que ha recorrido todas las etapas de la elocuencia, que es, en definitiva, un orador. Y afirmo que no puede existir ni haber existido

alguien así si no acude al foro armado de todo tipo de conocimientos, a semejanza del que entra en combate con todas sus armas.

»Esta circunstancia está tan descuidada por los declamadores de nuestra época que, en sus alegatos, pueden descubrirse los vicios feos y desagradables de nuestro lenguaje coloquial, ignoran las leyes, no recuerdan los senadoconsultos, hasta se burlan del Derecho civil y sienten un profundo terror por el estudio de la filosofía y por los preceptos de los sabios. Reduciéndola a unos pocos conceptos y a unas sentencias estrechas, han degradado la elocuencia como expulsándola de su reino, y la que antes, señora de todas las ciencias, henchía los espíritus con su bellísimo cortejo, ahora, recortada y amputada, sin su gala y distinción, casi diría sin su libertad, se aprende como uno de los oficios más pedestres.

»En resumidas cuentas, creo que ésta es la primera y principal causa de habernos alejado tanto de la elocuencia de los antiguos oradores. Si se quieren testigos, ¿qué otro mejor citaré que Demóstenes entre los griegos, quien, según la tradición, fue uno de los seguidores más entusiastas de Platón? Y Cicerón nos dice con estas mismas palabras, creo, que lo que logró en la oratoria no lo consiguió en los talleres de los retóricos, sino en los paseos de la Academia.

»Existen otras causas, importantes y graves, pero lo justo es que seáis vosotros los que las pongáis de manifiesto, porque yo ya he cumplido mi misión y, siguiendo mi costumbre, he ofendido a muchos que, si oyeran lo que acabo de decir, tengo por cierto me objetarían que, mientras elogio el conocimiento del derecho y la filosofía como algo necesario para el orador, he aplaudido las tonterías en las que me ocupo».

«Me parece —dijo Materno— que aún no has cumplido el cometido que asumiste: da la sensación de que han quedado marcados sólo los comienzos y de que has mostrado unos ciertos trazos y contornos de la cuestión. Has dicho, es cierto, en qué materias estaban instruidos, por lo común, los antiguos oradores, y has puesto de manifiesto la diferencia de nuestra desidia e ignorancia frente a la actividad entusiasta y prolífica de aquéllos. Pero estoy esperando el resto, es decir, al igual que he aprendido de ti qué sabían aquéllos o qué no sabemos nosotros, asimismo quisiera enterarme de con qué prácticas solían robustecer y alimentar sus mentes los jóvenes que debutaban en el foro; pues no creo que tú niegues —y éstos parecen confirmarlo con la expresión de sus rostros— que el

dominio de la elocuencia comprende la técnica y los conocimientos, pero en mayor grado las facultades individuales y la práctica.»

Apro y Secundo manifestaron estar de acuerdo en este punto y Mesala habló, como si empezara de nuevo: «Puesto que me parece haber dejado muy claros los principios y orígenes de la antigua elocuencia, mostrando en qué disciplinas solían instruirse y perfeccionarse los antiguos oradores, expondré ahora sus prácticas, si bien es cierto que en la instrucción misma va incluida la práctica y nadie puede penetrar en materias tan complejas y distintas, a no ser que la reflexión acompañe a la ciencia, a la reflexión las dotes innatas y a éstas la práctica oratoria: con lo cual se llega a la conclusión de que el sistema de aprender lo que se va a exponer y de exponer lo que se ha aprendido es idéntico. Pero, aun en el caso de que a alguien le parezca esto muy poco claro y pretenda separar la teoría de la práctica, estará de acuerdo, al menos, en que el espíritu formado y enriquecido con estos conocimientos logrará estar perfectamente preparado para las prácticas que parecen ser específicas de un orador.

»Así pues, entre nuestros antepasados, el joven que se preparaba para el foro y la oratoria, bien instruido ya por el aprendizaje doméstico y alimentado con nobles estudios, era llevado por su padre o pariente más allegado al orador que ocupaba un lugar preeminente en la ciudad. Acostumbraba a seguir siempre a éste, a acompañarlo a todas partes y a asistir a todos sus parlamentos, en juicios o en asambleas, hasta tal punto que tomaba parte en sus disputas e intervenía en las discusiones violentas y, por decirlo así, aprendía a luchar en combate. Gracias a esto, los jóvenes adquirían con prontitud gran experiencia, mucha seguridad y alta capacidad de juicio, al actuar a la luz del día y en los momentos álgidos de los procesos, donde nadie habla de manera necia o inapropiada impunemente sin que el juez se lo repruebe, el contrario lo rebata y lo desprecien sus mismos valedores. Es decir, quedaban impregnados al instante de la verdadera y pura elocuencia y, aunque siguieran a uno solo, conocían a todos los abogados de su época en muchas causas civiles y penales, y tenían la posibilidad de confrontar las distintas preferencias del público mismo, con lo que podían averiguar fácilmente qué gustaba o disgustaba de cada orador.

»De este modo, ni le faltaba preceptor, el mejor y el más selecto que le mostrase el rostro auténtico de la elocuencia, no una imagen falsa, ni adversarios y contrincantes que luchaban con armas, no con palos, ni un

auditorio, siempre numeroso, siempre renovado, con detractores y seguidores, para que no pudieran camuflarse ni los aciertos ni los errores. Sabéis que aquella grande y duradera fama que proporciona la elocuencia se adquiere no menos en los bancos de la parte contraria que en los propios; más aún, de aquéllos surge con más firmeza, allí se ratifica con mayor seguridad.

»A fe que aquel joven de que estamos hablando, bajo preceptores de tal talla, discípulo de oradores, oyente del foro, asiduo asistente a los procesos, instruido y avezado con las experiencias ajenas, al que las leyes le eran familiares por oírlas cada día, que no le eran desconocidos los rostros de los jueces, habituado a presenciar las asambleas y que conocía el sentir del pueblo, pronto quedaba capacitado para actuar en cualquier causa solo y sin ayuda, ya asumiera la acusación, ya la defensa. Con diecinueve años Lucio Craso persiguió judicialmente a Gayo Carbón; a los veintiuno, César a Dolabela; a los veintidós, Asinio Polión a Gayo Catón; poca más edad contaba Calvo cuando acusó a Vatinio; sus discursos aún hoy los leemos con admiración.

«Pero ahora llevan a nuestros muchachos a las escuelas de esos que llaman retóricos, que aparecieron poco antes de la época de Cicerón y que repugnaban a nuestros antepasados, punto éste claramente apreciable por el hecho de que los censores Craso y Domicio les ordenaran cerrar “la escuela de desvergüenza”, como dice Cicerón. Pero, tal como había empezado a señalar, se los lleva a escuelas en las que no me sería fácil decir si provocan mayor perjuicio a sus dotes naturales el propio lugar, los condiscípulos o el tipo de estudios. Pues en el lugar no hay nada digno de respeto: todos entran allí con igual grado de ignorancia; nada aprovechable hay en los condiscípulos, puesto que los niños hablan ante un auditorio de niños y los jóvenes ante los jóvenes, sin ningún riesgo de crítica. Las mismas prácticas son, en gran parte, contraproducentes. En efecto, dos clases de temas se tratan con los retóricos, las suasorias y las controversias. De ellas, aunque las suasorias son claramente más ligeras y exigen menos juicio —se ponen en manos de los niños— y las controversias se asignan a los mayores, ¡por los dioses, qué pobre calidad y cuán inverosímilmente están compuestas! Y, por si fuera poco, a estas materias, que chocan con la realidad, se les une un estilo declamatorio. Y así sucede que “los premios de los tiranicidas”, “la situación crítica de las mujeres violadas”, “los remedios para una peste”, “los incestos de los hijos con sus madres”, o cualquier otro tema que se trata a diario en la escuela,

raras veces o nunca se discuten en el foro con estas palabras altisonantes. Cuando se acude ante un tribunal auténtico... ***».

«***... piensan el asunto. Nada bajo, nada pedestre podía decirse. La gran oratoria, al igual que la llama, se alimenta con combustible, se aviva con el movimiento y brilla mientras se quema. La elocuencia de los antiguos en nuestra ciudad se ha desarrollado de idéntico modo. En efecto, aunque los oradores actuales han conseguido lo que era posible en una situación política estable, tranquila y feliz, parece, en todo caso, que podían obtener mayores logros con aquellas turbulencias y anarquía, porque en medio del desorden general y careciendo de un jefe único, cada orador tenía tanta habilidad cuanta podía emplear en ganarse a un pueblo desorientado. De ahí las continuas propuestas de ley y la etiqueta de hombre popular; de ahí los alegatos de magistrados que casi pernoctaban en las tribunas; de ahí las acusaciones a reos influyentes y las enemistades que caían hasta sobre familias enteras; de ahí las facciones de los poderosos y el frecuente antagonismo entre el senado y la plebe.

»Todo esto, si bien desgarraba al estado, proporcionaba ejercicio a la elocuencia y parecía que la colmaba de grandes recompensas, porque, cuanto más podía conseguir cada cual con su palabra, tanto más fácilmente obtenía cargos públicos; cuanto más superaba a sus colegas en el ejercicio de esos mismos cargos, tanta más influencia conseguía ante los príncipes, mayor prestigio entre los senadores, tanto mayor fama y renombre entre el pueblo. Abundante era su clientela, incluso extranjera. Los magistrados los cumplimentaban al marchar al frente de sus provincias y, al volver, les presentaban sus respetos; parecía que las preturas y los consulados los reclamaban sin solicitarlos ellos. Tampoco carecían de poder como simples particulares, porque con su consejo y autoridad regían al pueblo y al senado. Es más, estaban convencidos de que sin elocuencia nadie podía conseguir y conservar en la Ciudad un lugar notable e influyente.

»No es extraño, ya que debían presentarse ante el pueblo aun en contra de su voluntad; porque en el senado no bastaba con una opinión expresada en breves palabras, sino que se defendían las posturas con talento y elocuencia, al tener que responder por sí mismos si eran objeto de alguna calumnia o acusación: incluso en los juicios por motivos políticos no podían testificar estando ausentes o mediante escrito, sino compareciendo personalmente. De este modo a las grandes recompensas

a la elocuencia se unía una dura necesidad, y así como el tener fama de elocuente se consideraba honor y gloria, por el contrario, el parecer mudo e incapaz de articular palabra se veía como un gran defecto.

»Y así con el incentivo del pundonor se estimulaba no menos que con el de las recompensas, no fuera uno a contarse en el grupo de los infortunados clientes en lugar de en el de los patronos, o bien las amistades heredadas de los antepasados pasasen a otros, o, por ser ineptos e incapaces para los cargos públicos, no los consiguieran o los desempeñaran mal una vez conseguidos.

»No sé si han llegado a vuestras manos aquellos libros que se conservan todavía en las bibliotecas de los coleccionistas de antigüedades, recogidos por Muciano precisamente ahora. De ellos han sido escritos y editados, según creo, once tomos de actas y trece de cartas. Con este material puede deducirse que Gneo Pompeyo y Marco Craso no sobresalieron exclusivamente por su poderío militar; también utilizaron su talento oratorio; que los Léntulos, Metelos, Luculos, Curiones y aquel extenso grupo de próceres pusieron gran empeño y cuidado en estos estudios; y que ningún personaje de la época consiguió una influencia decisiva sin un mínimo de facultades para la oratoria.

»A estos factores se unía el alto rango de los acusados y la importancia del objeto material de los procesos, circunstancias que por sí solas proporcionan un mayor realce a la oratoria. Pues hay gran diferencia entre tener que hablar sobre hurto o sobre una fórmula o un interdicto o sobre la corrupción de los comicios, sobre el pillaje a los aliados o la muerte de ciudadanos. Males éstos que, si bien es mejor que no sucedan y hay que reputar de óptima la situación de la ciudad en la que no suframos tales desmanes, también es verdad que, si sucedían, suministraban ingente material para la oratoria. Pues la fuerza del ingenio crece en proporción a la importancia del asunto y nadie puede lograr un discurso brillante y memorable sino el que encuentra una causa adecuada para inspirarlo. En mi opinión no dan lustre a Demóstenes los discursos que pronunció contra sus tutores ni convierten a Cicerón en un gran orador las defensas de Publio Quincio o Licinio Arquias: su fama la construyeron Catilina, Milón, Verres y Antonio; con esto no pretendo decir que interese a la república el engendrar ciudadanos malvados a fin de que los oradores tengan abundante materia para sus alegatos, sino que, como no me canso de recalcar, debemos acordarnos del alcance del asunto y enterarnos bien de

que hablamos de algo que se dio más fácilmente en épocas de turbulencias y convulsiones.

«¿Quién ignora que es más útil y mejor disfrutar de paz que estar sufriendo los males de la guerra? sin embargo las guerras producen más guerreros excelentes que la paz. Semejante es la condición de la elocuencia: cuanto más frecuentemente se mantiene, por decirlo así, en línea de combate y cuantas más heridas ocasiona y recibe, cuanto mayores son los enemigos y más duras las batallas que afronta, tanto más elevada, sublime y ennoblecida por esos trances se mantiene a los ojos de los hombres, cuya condición natural impulsa a <preferir contemplar los peligros ajenos, mientras ellos mismos están a salvo>.

»Paso a examinar la forma y el funcionamiento de los antiguos tribunales. Aunque el sistema actual resulta más adecuado, sin embargo adiestraba más para la elocuencia aquel foro en el que nadie estaba obligado a hablar con un límite de muy pocas horas, los aplazamientos de las causas eran libres, cada cual se tomaba el tiempo que quería para hablar y no estaba tasado el número de días ni el de abogados.

»Gneo Pompeyo, en su tercer consulado, fue el primero que eliminó esta libertad y, valga la expresión, puso frenos a la elocuencia, aunque todo se trataba en el foro, según las leyes, y ante los pretores. La mejor prueba de cuánto más importantes eran los asuntos que se trataban ante estos últimos es el hecho de que las causas reservadas a los centúmviros, que hoy son las más importantes, quedaban ensombrecidas por la brillantez de otros tribunales, hasta el punto de que no leemos ningún discurso de Cicerón, César, Bruto, Celio, Calvo ni, en fin, de ningún gran orador, que se haya pronunciado ante los centúmviros, excepto los discursos de Asinio titulados *En defensa de los herederos de Urbinia*, pronunciados, no obstante, por Polión a mediados del mandato del divino Augusto, después que el prolongado sosiego de los tiempos, la ininterrumpida falta de participación del pueblo y la habitual inercia del senado y, sobre todo, la disciplina política impuesta por el Príncipe, habían conseguido domesticar la elocuencia, lo mismo que todo lo demás.

»Lo que voy a decir quizá parezca poco serio y ridículo, pero lo diré, aunque nada más sea que para provocar la risa. ¡Cuánta degradación, a mi parecer, imprimen a la oratoria esas casacas con las que muy ceñidos y como aprisionados hablamos ante los jueces! ¡Cuánto vigor, creemos, han robado al discurso las salas de lectura y los archivos en los que se

despachan ahora casi todas las causas! Pues lo mismo que la distancia en las carreras distingue a los buenos caballos, los oradores necesitan un espacio, y su elocuencia se debilita y desgasta si no se mueven en él libremente y sin trabas. Más aún, sabemos por experiencia que el mismo cuidado y escrúpulo por lograr un estilo pulcro es contraproducente, porque el juez te pregunta con frecuencia cuándo vas a empezar realmente y has de hacerlo cuando te haga esa pregunta. También es frecuente que el patrono interrumpa nuestras pruebas documentales y testimoniales. Mientras tanto, sólo hay uno o dos que escuchan al que habla y el asunto se desarrolla como en un paraje desolado.

»El orador, por el contrario, necesita que le aclamen, que le aplaudan, encontrarse, yo diría, en un escenario teatral. Esto es lo que les ocurría diariamente a los oradores antiguos cuando la coincidencia de tantos personajes principales atestaba el foro, cuando las clientelas, tribus, embajadas de municipios, media Italia, en fin, alentaba con su presencia a los acusados y en la mayor parte de los juicios el pueblo romano creía que sus propios intereses dependían del resultado del juicio. Sabemos muy bien que Gayo Cornelio, Marco Escauro, Tito Milón, Lucio Bestia y Publio Vatio fueron acusados o defendidos por toda la ciudad de común acuerdo, hasta el punto que el mismo entusiasmo del pueblo apasionado pudo excitar e inflamar a los oradores más insensibles. Por cierto que se conservan libros de este tenor, y los que pronunciaron tales discursos no son celebrados más por ningún otro.

»Los continuos mítines y el derecho libremente otorgado de atacar a cualquier personaje influyente, y la gloria que proporcionaban tales enemistades, dado que la mayoría de los oradores no se abstenían de atacar ni a Publio Escipión, Lucio Sila o Gneo Pompeyo y, para emprender sus ataques contra los hombres de primera fila —así es la envidia—, hasta los comediantes se servían de los gustos del pueblo, ¡cuánto ardor aportaban a los ingenios y qué llama a los oradores!... ***»

«*** ... No hablamos de algo tranquilo y sin problemas, que se complace con la honradez y la moderación, sino que se trata de aquella grande y notable elocuencia hija del libertinaje al que los imbéciles se empeñan en llamar libertad, compañera de sediciones, aguijón del pueblo sin freno, desleal, sin disciplina, rebelde, temeraria, arrogante, que no surge en las Ciudades con buenos cimientos institucionales. ¿Qué orador lacedemonio o cretense conocemos? La historia nos habla de la disciplina y las leyes

severísimas de ambas naciones. Ni siquiera tenemos noticia de oratoria en los macedonios, persas o algún pueblo refrenado por un sistema de gobierno estable. Existieron algunos oradores rodios y muchos atenienses entre los que todo lo podía el pueblo, todo los ignorantes, todo, por así decirlo, todos. También nuestra Ciudad, mientras caminó sin rumbo, mientras se agotaba con los partidismos, rivalidades y discordias, mientras no existió paz en el foro, ninguna concordia en el senado, ningún control en los juicios, ningún respeto al superior, ninguna traba a los magistrados, produjo, sin duda, una oratoria más vigorosa, lo mismo que un campo sin cultivar presenta algunas hierbas más vistosas. Pero la elocuencia de los Gracos no fue tan beneficiosa a la república como para que ésta soportase también sus leyes ni a Cicerón le compensó su fama de orador su triste final.

»De igual modo, el tipo de oratoria que sobrevive es prueba suficiente de que la Ciudad no ha corregido sus defectos ni ha alcanzado su estructura ideal. En realidad, ¿quién acude a nosotros sino el culpable y el infortunado? ¿Qué municipio engrosa nuestra clientela sino al que perturba un pueblo vecino o sus diferencias internas? ¿Qué provincia nos encargamos de defender a no ser la que ha sido saqueada y maltratada? Pues bien, hubiera sido mejor no tener motivos de queja que reclamar justicia. Porque si pudiera lograrse una ciudad en la que nadie cometiera faltas, superfluo resultaría el orador entre inocentes, lo mismo que un médico entre gente sana; igual que el arte del médico no encuentra ninguna posibilidad de práctica y perfeccionamiento entre personas que disfrutaran de una salud robusta y de unos cuerpos muy sanos, en el mismo grado es menor el prestigio de los oradores y más oscura su gloria entre gente de buena conducta y bien dispuesta para obedecer a sus gobernantes. ¿Qué necesidad tiene el senado de largos debates cuando los optimates llegan a un rápido acuerdo? ¿Qué necesidad de continuas peroratas en la asamblea del pueblo cuando en las deliberaciones no participa la masa ignorante, sino un caudillo de enorme categoría? ¿Qué necesidad de acusaciones particulares, cuando se delinque tan escasa y levemente? ¿Qué necesidad de defensas odiosas y abusivas, cuando la clemencia del juez acude en ayuda de los acusados?

»Creedme, hombres excelentes, vosotros que sois todo lo elocuentes que la ocasión requiere, si hubierais nacido en épocas anteriores o aquéllos a los que admiramos lo hubieran hecho en nuestros días y algún dios hubiera cambiado de repente vuestras vidas y épocas, ni a vosotros os

hubiera faltado aquella gran alabanza y gloria en la oratoria, ni a ellos una actitud mesurada; ahora, puesto que nadie puede conseguir al tiempo gran fama y una tranquilidad absoluta, aproveche cada cual las ventajas de su tiempo, sin criticar a los otros.»

Cuando acabó Materno, intervino Mesala: «Cabría objetar algunas cosas y ampliar otras, pero se nos ha pasado el día.»

Materno respondió: «En otra ocasión se hará a tu manera y, si algunas de mis palabras te han resultado oscuras, volveremos sobre ellas.»

Y al tiempo que se levantó y abrazó a Apro, le dijo: «Te acusaré ante los poetas y Mesala ante los partidarios de la antigüedad.»

«Y yo a vosotros ante los retóricos y los maestros de declamación» —dijo Apro.

Se echaron a reír y nos separamos.

